

Una casa edificada sobre cuatro pilares

Hechos de los Apóstoles 2,42

La Iglesia tiene su modelo en la comunidad-madre de Jerusalén, la Iglesia edificada sobre Pedro y los Apóstoles y que hoy, a través de los obispos, *en comunión* con los sucesores de Pedro, continúa siendo guardiana, anunciadora e intérprete de la Palabra (cf. LG 13).

1. Punto de partida: *La Iglesia en el imaginario de los jóvenes de hoy*

Me parece un deber comenzar esta reflexión que se me ha pedido sobre la Iglesia en los Hechos de los Apóstoles, con una cita del *Documento Preparatorio de la XV Asamblea del Sínodo de los Obispos: “Los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional”*, que hablando de las nuevas generaciones esboza este cuadro, por una parte realista y por otra desafiante si realmente se desea conseguir que los jóvenes descubran y experimenten a la Iglesia como Madre suya.

“Tendencialmente cautos respecto a quienes están más allá del círculo de las relaciones personales, los jóvenes a menudo nutren desconfianza, indiferencia o indignación hacia las instituciones. Esto se refiere no sólo a la política, sino que también afecta cada vez más a las instituciones formativas y a la Iglesia en el aspecto institucional. La querrían más cercana a la gente, más atenta a los problemas sociales, pero no dan por hecho que esto ocurra a simple vista.

Todo ello tiene lugar en un contexto en que la pertenencia confesional y la práctica religiosa son, cada vez más, rasgos de una minoría, y los jóvenes no se ponen “en contra”, sino que están aprendiendo a vivir “sin” el Dios presentado por el Evangelio y “sin” la Iglesia, apoyándose en formas de religiosidad y espiritualidad alternativas y poco institucionalizadas, o refugiándose en sectas o experiencias religiosas con una fuerte matriz de identidad. En muchos lugares la presencia de la Iglesia se va haciendo menos capilar y por tanto resulta más difícil encontrarla, mientras que la cultura dominante es portadora de instancias a menudo en contraste con los valores evangélicos, ya se trate de elementos de la propia tradición o de la declinación local de una globalización de modelo consumista e individualista”.

En 2005, con ocasión de la celebración del 40° aniversario de la conclusión del Concilio Vaticano II, un evento rompedor en la historia de la Iglesia al final del segundo milenio, que había ofrecido un programa espiritual y pastoral a la Iglesia para el tercer milenio, invité, como rector mayor, a rejuvenecer a la Iglesia. Y una motivación era precisamente la percepción, especialmente en algunos países occidentales, de la creciente desafección a la Iglesia, como si esta no fuera ya capaz de responder a las necesidades y las demandas de la persona humana de este siglo.

- *Una lectura de la Iglesia del papa Francisco*

Fuera de la comunidad, el anuncio del Evangelio, particularmente el de la resurrección, parece un rumor para ser creído, y es visto más como una fábula, un mito, una

proyección de los deseos humanos de no darse por vencidos ante el escándalo de la muerte. Y es esto lo que sucede hoy, cuando el anuncio de la Resurrección no recibe la respuesta que esperábamos, tampoco entre los jóvenes (Lc 24,22-23). Basta pensar en su alejamiento de la Iglesia.

El papa Francisco ha tratado este tema en una de sus primeras intervenciones programáticas, cuando hablando al episcopado brasileño el 28 de julio de 2013 en Río de Janeiro, decía:

“Es el misterio difícil de quien abandona la Iglesia; de aquellos que, tras haberse dejado seducir por otras propuestas, creen que la Iglesia —su Jerusalén— ya no puede ofrecer algo significativo e importante. Y, entonces, van solos por el camino con su propia desilusión. Tal vez la Iglesia se ha mostrado demasiado débil, demasiado lejana de sus necesidades, demasiado pobre para responder a sus inquietudes, demasiado fría para con ellos, demasiado autorreferencial, prisionera de su propio lenguaje rígido; tal vez el mundo parece haber convertido a la Iglesia en una reliquia del pasado, insuficiente para las nuevas cuestiones; quizás la Iglesia tenía respuestas para la infancia del hombre, pero no para su edad adulta. El hecho es que actualmente hay muchos como los dos discípulos de Emaús; no sólo los que buscan respuestas en los nuevos y difusos grupos religiosos, sino también aquellos que parecen vivir ya sin Dios, tanto en la teoría como en la práctica”.

No puede sorprendernos que el papa Francisco se pregunte y nos pregunte:

“Ante esta situación, ¿qué hacer? Hace falta una Iglesia que no tenga miedo a entrar en la noche de ellos. Necesitamos una Iglesia capaz de encontrarlos en su camino. Necesitamos una Iglesia capaz de entrar en su conversación. Necesitamos una Iglesia que sepa dialogar con aquellos discípulos que, huyendo de Jerusalén, vagan sin una meta, solos, con su propio desencanto, con la decepción de un cristianismo considerado ya estéril, infecundo, impotente para generar sentido”.

Y tras presentar un panorama de situaciones, actitudes y búsqueda de atajos del sentido de la vida y de la felicidad por la gente, continúa Francisco:

“Ante este panorama hace falta una Iglesia capaz de acompañar, de ir más allá del mero escuchar; una Iglesia que acompañe en el camino poniéndose en marcha con la gente; una Iglesia que pueda descifrar esa noche que entraña la fuga de Jerusalén de tantos hermanos y hermanas; una Iglesia que se dé cuenta de que las razones por las que hay gente que se aleja, contienen ya en sí mismas también los motivos para un posible retorno, pero es necesario saber leer el todo con valentía. Jesús le dio calor al corazón de los discípulos de Emaús.

Quisiera que hoy nos preguntáramos todos: ¿Somos aún una Iglesia capaz de inflamar el corazón? ¿Una Iglesia que pueda hacer volver a Jerusalén? ¿De acompañar a casa? En Jerusalén residen nuestras fuentes: Escritura, catequesis, sacramentos, comunidad, la amistad del Señor, María y los Apóstoles... ¿Somos capaces todavía de presentar estas fuentes, de modo que se despierte la fascinación por su belleza?

Muchos se han ido porque se les ha prometido algo más *alto*, algo más *fuerte*, algo más *veloz*. Pero ¿hay algo *más alto* que el amor revelado en Jerusalén? Nada es más alto que el abajamiento de la cruz, porque allí se alcanza verdaderamente la altura del amor. ¿Somos aún capaces de mostrar esta verdad a quienes piensan que la verdadera altura de la vida está en otra parte? ¿Alguien conoce algo de *más fuerte* que el poder escondido en la fragilidad del amor, de la bondad, de la verdad, de la belleza?

La búsqueda de lo que cada vez es *más veloz* atrae al hombre de hoy: internet veloz, coches y aviones rápidos, relaciones inmediatas... Y, sin embargo, se nota una necesidad desesperada de calma, diría de lentitud. La Iglesia, ¿sabe todavía ser lenta: en el tiempo, para escuchar, en la paciencia, para reparar y reconstruir? ¿O acaso también la Iglesia se ve arrastrada por el frenesí de la eficiencia? Recuperemos, queridos hermanos, la calma de saber ajustar el paso a las posibilidades de los peregrinos, al ritmo de su caminar, la capacidad de estar siempre cerca para que puedan abrir un resquicio en el desencanto que hay en su corazón, y así poder entrar en él. Quieren olvidarse de Jerusalén, donde están sus fuentes, pero terminan por sentirse sedientos. Hace falta una Iglesia capaz de acompañar también hoy el retorno a Jerusalén. Una Iglesia que pueda hacer redescubrir las cosas gloriosas y gozosas que se dicen en Jerusalén, de hacer entender que ella es mi Madre, nuestra Madre, y que no están huérfanos. En ella hemos nacido. ¿Dónde está nuestra Jerusalén, donde hemos nacido? En el bautismo, en el primer encuentro de amor, en la llamada, en la vocación. Se necesita una Iglesia que vuelva a traer calor, a encender el corazón. Se necesita una Iglesia que también hoy pueda devolver la ciudadanía a tantos de sus hijos que caminan como en un éxodo”.

2. Cuadro de referencia: *La Iglesia de los Hechos de los Apóstoles (2,42-47)*

La Iglesia, comunidad de los creyentes, nació de la Pascua de Cristo y está llamada a dar testimonio de la “buena nueva” que es el Evangelio de Jesús, el Cristo crucificado y resucitado. Es pues una comunidad que, superado el escándalo de la cruz, se la encuentra, y todos los que acogen el testimonio apostólica entran a formar parte de la comunidad de los creyentes.

Lucas, en los Hechos de los Apóstoles, nos indica no solo qué hacen los cristianos de Jerusalén; nos ofrece también un paradigma de las características de una comunidad que quiere referirse a la Pascua de Cristo. En el primero de los llamados ‘sumarios’ que presentan a la Iglesia naciente, emergen las líneas maestras de la vida eclesial. Por eso dicha página ha venido a ser paradigmática para todas las comunidades cristianas. Cuatro son los aspectos que distinguen a los creyentes (v. 42): la asiduidad a la *enseñanza de los apóstoles*, es decir reconocerse necesitados de aprender a vivir como cristianos; la «*comunión*»: la expresión *koinonía*, que aparece solamente aquí en el libro de Lucas, que debe entenderse como la unión de los corazones que se manifiesta también en compartir concretamente los bienes materiales; la «*fracción del pan*», el gesto, típico entre los judíos para iniciar la comida ritual, indica ya la *eucaristía*, el 'memorial', y finalmente la *oración*.

Así, la primera comunidad cristiana está totalmente abierta al don del Espíritu que en ella, «*por medio*» de los Apóstoles (v. 43), puede realizar prodigios. El relato deja aparecer el clima de alegría y sencillez que nace de una vida de intensa caridad fraterna (v. 44) y de la oración unánime (vv. 46-47a). Y esto es tanto más sorprendente en cuanto que el texto no esconde las fatigas y las persecuciones. No se trata pues de un cuadro utópico, sino que en él es preciso saber ver el *modelo ideal* al que conformarse. El estilo de vida asumido por la Iglesia naciente es en sí mismo testimonio elocuente e irradiante, evangelización que prepara los ánimos de muchos a acoger la gracia de Dios (v. 47).

Dado que se trata de un texto paradigmático y por consiguiente programático para toda la Iglesia, para todas las comunidades cristianas, es importante que nos acerquemos al texto, especialmente al v.2:42), donde Lucas describe su arquitectura basada en cuatro pilares ideales: «*Era perseverantes en la enseñanza de los apóstoles, en la comunión fraterna, en partir el pan y en las oraciones*».

2.1 He aquí en primer lugar **la didaché apostólica**, es decir la predicación de la Palabra de Dios. El apóstol Pablo, en efecto, nos advierte de que «*la fe proviene de la predicación, y la predicación es el mensaje de Cristo*» (Rom 10, 17).

Mostrando a la comunidad «*perseverante en la enseñanza de los apóstoles*», Lucas quiere subrayar el lugar y la función única de los Doce: la fe de la Iglesia nace y se profundiza haciendo referencia a la enseñanza del grupo único de los que han sido testimonios directos de la vida y de la enseñanza del Señor.

Los Apóstoles y la comunidad meditan las palabras y los gestos de Jesús, toda su experiencia pre-pascual, a la luz de la resurrección y guiados por el Espíritu: acuden a las Escrituras o a la vicisitud de Jesús para comprender el presente y las novedades que interpelan a la propuesta cristiana. La escucha de la Palabra exige un empeño serio y continuo y no una interpretación personal en detrimento de la comunitaria referida a los Doce.

La Iglesia continúa hoy esta enseñanza a través del *kérygma*, o sea el anuncio primario y fundamental que Jesús mismo había proclamado en el comienzo de su ministerio público: «*Se ha cumplido el tiempo y el reino de Dios está cerca. Arrepentíos y creed en el evangelio*» (Mc1, 15). Los Apóstoles anuncian la inauguración del reino de Dios, y por consiguiente la intervención decisiva de Dios en la historia humana, proclamando la muerte y la resurrección de Cristo: «*Y no hay salvación en ningún otro, pues no se nos ha dado a los hombres ningún otro nombre debajo del cielo para salvarnos*» (He 4, 12).

En la Iglesia resuena después la *catequesis*, que está destinada a profundizar en el cristiano, «el misterio de Cristo a la luz de la Palabra para que el hombre entero sea irradiado por ella» (Juan Pablo II, *Catechesi tradendae*, 20).

Pero el vértice de la predicación está en la *homilía*, que todavía hoy es para muchos cristianos el momento capital del encuentro con la Palabra de Dios. En este acto, el ministro debería transformarse en profeta. Él, en efecto, con un lenguaje nítido, incisivo y sustancial, y no solo con autoridad, debe «anunciar las obras admirables de Dios en la historia de la salvación» (SC 35), pero debe también actualizarlas en los

tiempos y en los momentos vividos por los que le escuchan y hacer que brote en sus corazones la pregunta de la conversión y del compromiso vital: «¿Qué debemos hacer?» (He 2, 37).

Anuncio, catequesis y homilía presuponen, pues, que se lea y comprenda, que se explique e interprete, que haya una implicación de la mente y del corazón.

En la predicación se realiza así un doble movimiento. Con el primero se va a la raíz de los textos sagrados, de los acontecimientos, de las expresiones generadoras de la historia de la salvación, a fin de comprenderlos en su significado y en su mensaje. Con el segundo movimiento se vuelve al presente, al momento actual vivido por quien escucha y lee, siempre a la luz de Cristo, que es el hilo luminoso destinado a unir las Escrituras. Es esto lo que Jesús mismo hizo en el itinerario de Jerusalén a Emaús en compañía de los dos discípulos. Es esto lo que hará con el diácono Felipe por el camino de Jerusalén a Gaza cuando con el funcionario etíope mantenga aquel diálogo emblemático: «¿Entiendes lo que estás leyendo?... ¿Cómo voy a entenderlo si nadie me lo explica?» (He 8, 30-31). Y la meta será el encuentro pleno con Cristo en el sacramento. Se presenta así el segundo pilar que sostiene a la Iglesia, casa de la Palabra divina.

2.2 El segundo pilar que sostiene a la Iglesia es la **koinonía**, la comunión fraterna, otro nombre del ágape, es decir del amor cristiano, que se manifiesta en compartir o poner en común los bienes materiales. La comunión de ningún modo es una idealización de los pobres ni de la pobreza. El ideal es que cada uno tenga lo que necesita para vivir y que los que no lo tienen puedan contar con la solidaridad y la generosidad de los otros.

Como recordaba Jesús, para ser hermanos y hermanas de los demás debemos ser «quienes escuchan la Palabra de Dios y la ponen en práctica» (Lc 8, 21). **La escucha auténtica consiste en obedecer y obrar, es hacer que brote en la vida la justicia y el amor, es ofrecer en la existencia y a la sociedad un testimonio en la línea de las llamada de los profetas, que constantemente unía Palabra de Dios y vida, fe y rectitud, culto y compromiso social.** Es esto lo que ponía de relieve repetidamente Jesús a partir de la conocida advertencia del discurso del sermón de la montaña: «No todo el que me dice: ¡Señor! ¡Señor!, entrará en el reino de Dios, sino el que hace la voluntad de mi Padre celestial (Mt 7, 21). Esta frase parece ser un eco de la Palabra divina pronunciada por Isaías: «Este pueblo se acerca a mí tan solo con palabras, y solo de labios me honra» (29, 13). Estas advertencias se dirigen también a las Iglesias cuando no son fieles a la escucha obediente de la Palabra de Dios. La Iglesia, por consiguiente, debe ser visible y legible en su propio rostro y en las manos del creyente, como sugería san Gregorio Magno, que veía en san Benito y en todos los grandes hombres de Dios los testimonios de su comunión con Dios y con los hermanos, la Palabra de Dios hecha vida. El hombre justo y fiel no solo “explica” las Escrituras, sino que las “despliega” delante de todos como realidad viva y practicada. De ahí que **viva lectio, vita bonorum**, la vida de los buenos es una lectura/lección viviente de la Palabra divina.

2.3 El tercer pilar del edificio espiritual de la Iglesia es la **fracción del pan**, que indica el gesto ritual del comienzo de la comida en común: el padre de familia o responsable de grupo toma en sus manos el pan, da gracias a Dios, lo parte y se lo

distribuye a los presentes. Es una comida que se caracteriza por la alegría y la sencillez del corazón.

La escena de Emaús (cf. Lc 24, 13-35) es, una vez más, ejemplar y recuerda lo que acontece cada día en nuestras iglesias: *a la homilía de Jesús sobre Moisés y los profetas sucede la comida, la fracción del pan eucarístico*. Este es el momento del diálogo íntimo de Dios con su pueblo, es el acto de la nueva alianza sellado en la sangre de Cristo (cf. Lc 22, 20), es la obra suprema del Verbo que se ofrece como alimento en su cuerpo inmolado, es la fuente y la cima de la vida y de la misión de la Iglesia. La narración evangélica de la última cena, memorial del sacrificio de Cristo, cuando es proclamada en la celebración eucarística, en la invocación del Espíritu Santo se convierte en acontecimiento y sacramento. Por eso el Concilio Vaticano II, en un paso de fuerte intensidad, declaraba: «La Iglesia siempre ha venerado la Sagrada Escritura, como lo ha hecho con el Cuerpo de Cristo, porque sobre todo en la sagrada liturgia, nunca ha dejado de tomar y repartir a sus fieles el pan de vida que ofrece la mesa de la palabra de Dios y del Cuerpo de Cristo» (DV 21). Se deberá por ello llevar al centro de la vida cristiana «la liturgia de la palabra y la liturgia eucarística, unidas entre sí tan estrechamente que forman un único acto de culto» (SC 56).

2.4 El último pilar que sostiene el edificio espiritual de la Iglesia está formado por las **oraciones**, constituidas, como recordaba san Pablo, por «*salmos, himnos, cantos espirituales*» (Col 3, 16). La comunidad judeo-cristiana de Jerusalén se expresa mediante el culto comunitario. En He 3,1 Lucas dice que el grupo de los cristianos estaba unido y era asiduo a la liturgia del templo.

Un lugar privilegiado tiene, pues, la *Liturgia de las horas*, la oración de la Iglesia por excelencia, destinada a ritmar los días y los tiempos del año cristiano, ofreciendo, especialmente con el Salterio, el alimento cotidiano espiritual de los fieles.

Junto a ella y las celebraciones comunitarias de la Palabra, la tradición introdujo la praxis de la *Lectio divina*, lectura orante en el Espíritu Santo, capaz de descubrir a los fieles el tesoro de la Palabra de Dios, pero también de crear el encuentro con Cristo, palabra divina viviente.

Y como modelo orante de la Palabra de Dios se yergue idealmente el perfil de **María**, la madre del Señor, que «*guardaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón*» (Lc 2, 19; cf. 2, 51), o sea, come dice el original griego, encontrando el nudo profundo que une los acontecimientos, los actos y las cosas, aparentemente disgregados, en el gran designio divino.

El texto de los Hechos de los Apóstoles hace referencia a nuestras comunidades, también ellas nacidas de la Pascua de Cristo. La cuádruple perseverancia pide a nuestras comunidades que verifiquen cuál es el lugar que dan a la escucha de la Palabra, a la práctica de la Comunión de los bienes, al partir el Pan y a las Oraciones.

3. Una respuesta concreta: La Iglesia del Vaticano II

Deseo decir que justamente este modelo de Iglesia de los Apóstoles es la Iglesia que ha querido restablecer en los tiempos modernos el Concilio Vaticano II para tratar de

ser fiel al Señor Jesús, pero también a los “signos de los tiempos”. Y el papa Francisco ha querido explícitamente unir su proyecto histórico de Iglesia, tal como se observa en la encíclica *Evangelii Gaudium* y en la bula para el Año jubilar sobre la Misericordia, con la Iglesia del Vaticano II y la de Aparecida.

- *Lumen Gentium*

Pero nos preguntamos: ¿Tiene todavía la *Lumen Gentium* algo que decirnos, habrá cambiado el cuadro de referencia, serán válidos para el momento actual, qué actitudes perfila la constitución LG?

La *Lumen Gentium* nos recuerda que la Iglesia está llamada a reflejar el esplendor de Cristo, que es la “luz de las gentes”, para iluminar a la humanidad. Naturalmente, las condiciones en que la Iglesia se encuentra para desarrollar su función imprescindible han cambiado en nuestros días. No se encuentra ya en la fase de la historia en que ciencia y conciencia eran incapaces de responder a muchas cuestiones, por lo que la Iglesia debía desempeñar una función de suplencia, pero tiene no obstante la misión de iluminar a la humanidad con el Evangelio. La Iglesia no se detiene en la contemplación de sí misma; se refiere siempre a Cristo, de quien le llega la vida y de quien debe ser espejo viviente, y al Espíritu, quien le concede el don de este conocimiento y la conduce por medio de Cristo al Padre. En este sentido, las palabras del entonces cardenal Giovanni Battista Montini, arzobispo de Milán, vienen en nuestra ayuda: «La Iglesia no existe para ser hermosa y mirarse al espejo diciendo: ¡Qué hermosa soy yo, esposa del Señor! La Iglesia existe *propter nos et propter nostram salutem*... Por eso tratará de adornarse despojándose, si es necesario, de algún viejo abrigo de reina que permanecía en sus hombros y vestirse ahora con ropa más sencilla, como pide el gusto moderno». Y me parece que a esto tienden las reformas en marcha que lleva adelante el papa Francisco.

- *Gaudium et Spes*

Ya la *Gaudium et spes* presentaba algunos modelos que siguen siendo válidos para la tarea de ofrecer una imagen juvenil de la Iglesia.

La Iglesia existe para ser signo del Reino de Dios, que es el gran mensaje de la *Gaudium et Spes*. Para hacer visible y creíble este signo, la Iglesia debe renovarse y convertirse, rejuvenecerse y purificarse. Por eso debe profundizar en sus opciones fundamentales: la pasión por Dios, que la libera de toda conformación con el mundo; la fraternidad y la comunión eclesial, de manera que pueda ser, convincente y atractivamente, punto de referencia para el mundo; el despliegue misionero que la ayude a superar el miedo de los discípulos encerrados en el Cenáculo y la lleve a anunciar el Evangelio a todos; el compromiso de servir, desplegando simpatía y solidaridad con todos; la opción por los pobres, que son sello de identidad, calidad y fecundidad.

Y más importante aún que la *Gaudium et Spes* es el libro de los Hechos de los Apóstoles, que nos presentan cuatro rasgos específicos de una Iglesia que quiere mantenerse fiel a su Señor y ser fecunda en relación con el mundo.

Una Iglesia martirial que sabe dar razón de su fe, porque está llamada a ser testimonio del Señor crucificado y resucitado. Pero la Iglesia es con frecuencia

portadora de un Evangelio que parece contradecir la mentalidad del mundo. En este carácter paradójico, que aparece muy claro en numerosos discursos de Jesús, reside su fuerza profética y significativa.

Una Iglesia litúrgica que celebra su fe. La liturgia es una verdadera escuela de santidad porque transforma la existencia personal y comunitaria en oración. Aunque el desafecto en relación con la Iglesia parece con frecuencia tener origen en la falta de atractivo de tantas liturgias, no puede borrar ni el valor ni la necesidad de una auténtica vida celebrativa. Debemos recuperar el sentido de lo gratuito y del misterio, las razones para la fiesta, la dimensión comunitaria. Especialmente en la Eucaristía, sacramento supremo del amor de Cristo y de la unión con Él. Como decía De Lubac, «la Iglesia hace a la Eucaristía y la Eucaristía hace a la Iglesia». Esto confiere a la Eucaristía dominical una importancia capital.

Una Iglesia evangelizadora. Tertuliano decía que «cristiano no se nace, se hace». Se trata de «una afirmación especialmente actual, porque hoy nos encontramos en medio de agresivos procesos de descristianización que generan indiferencia y agnosticismo. Los habituales recorridos de transmisión de la fe resultan en no pocos casos impracticables. No puede darse por hecho que se conozca a Jesucristo y su Evangelio. Es necesario un renovado primer anuncio de la fe». La finalidad consiste en formar discípulos enamorados de Cristo, hombres y mujeres que hacen del Evangelio su programa de vida y que son conscientes de la responsabilidad que tienen “ante el mundo”.

Una Iglesia diaconal que sabe que su misión es servir al pueblo de Dios y al mundo. Esto exige aprender a servir, estar atentos a las necesidades de los otros, dar siempre el primer paso para salir al encuentro, asumir compromisos generosos. Los cristianos están llamados a ayudar a los hombres a vencer la desilusión y la apatía, a gozar de las realidades hermosas de la vida, a activar la capacidad de soñar un futuro a la medida del hombre, a inventar relaciones nuevas entre las personas y los Estados, a respetar la naturaleza, a dar por terminada para siempre la guerra. Vencer al escepticismo que puede anidar entre los mismos creyentes con el optimismo del Resucitado. Una Iglesia diaconal solidaria con los más pobres. Cuando la esperanza anima la vida de quien es pobre, Dios y el hombre se han encontrado ya, porque solo con la ayuda de Dios puede el pobre esperar donde no hay futuro. La esperanza de los pobres es ya fe que vive. Hasta los profetas de hoy son conscientes de esto.

4. Rejuvenecer a la Iglesia: la misión salesiana

Hoy más que ayer estamos llamados a rejuvenecer a la Iglesia, pero debe quedar claro que, aunque el verbo usado podría llevar a pensar en una especie de operación de “lifting”, de cosméticos, tan actual en la cultura moderna de lo efímero y de la imagen, y no en el sentido de la fuerza renovadora del Espíritu (cf. LG, 4), aquí estamos hablando del compromiso de introducir en la Iglesia energías nuevas, tal como hace el Espíritu, para embellecerla y hacerla atractiva. Para conseguir esto es necesario hacer lo que hace Jesús, el Señor: amar a la Iglesia y darlo todo por ella.

Rejuvenecer a la Iglesia quiere decir hacerla volver a sus orígenes y a su juventud. Como la Iglesia de los Hechos de los Apóstoles, de las cartas de Pablo y del Apocalipsis, la misma vive de la fuerza de la Pascua y de la potencia de Pentecostés, realiza la verdad de Cristo y la libertad del Espíritu, se recuerda del “amor del comienzo”. Una Iglesia valerosa en el testimonio del Evangelio. Que hacer gustar la belleza de la celebración de la salvación con la liturgia y se compromete en el servicio de los más pobres.

Rejuvenecer a la Iglesia, por tanto, es convertirla en casa para los jóvenes. La Iglesia será joven solo si hay jóvenes en ella. El tema de este año pastoral es pues una invitación a hacer joven a la Iglesia y hacer que los jóvenes sean Iglesia.

- *La experiencia de Don Bosco*

En concreto, ¿cómo vivió Don Bosco la Iglesia y sobre sus pasos los salesianos? ¿Cómo la hicieron fascinante para los jóvenes de su tiempo?

Don Bosco supo vivir la fidelidad al Señor mientras experimentaba cotidianamente la dolorosa realidad eclesial de su tiempo. Su vivo sentido de Iglesia fue principalmente una actitud y una experiencia de colaboración con todas las energías y recursos en su beneficio. Don Bosco expresaba su amor a la Iglesia mediante un trinomio sencillo, pero profundo: amor a Jesucristo, presente principalmente en la Eucaristía, que es la acción central de la Iglesia; devoción a María, madre y modelo de la Iglesia; fidelidad al Papa, sucesor de Pedro y centro de unidad de la Iglesia. Se trata de tres elementos inseparables entre sí, que se iluminan mutuamente y encuentran su convergencia en la persona de Cristo. El sueño de Don Bosco, llamado “de los dos pilares”, es una ejemplificación inmediata y sugestiva de estas fuerzas dinámicas, de los tres “amores” de Don Bosco que edifican a la Iglesia. La Iglesia de Don Bosco tiene una forma eucarística, una figura mariana, un fundamento petrino. Como Familia Salesiana, nosotros trabajamos con la Iglesia y por la Iglesia; tratamos de “sentire cum Ecclesia”; pertenecemos a la Iglesia; vivimos en la Iglesia. Hemos recibido de nuestro Padre Don Bosco una particular sensibilidad para esa capacidad de la Iglesia para construir “la unidad y la comunión de muchas otras fuerzas que trabajan por el Reino”. El espíritu salesiano nos constituye como centros de comunión de muchas otras fuerzas y como constructores y promotores de la Iglesia entre los jóvenes. Por eso debemos expresar y manifestar un amor singular a la Iglesia mediante una fidelidad dinámica y responsable a sus enseñanzas, un esfuerzo generoso de comunión y de colaboración con todos sus miembros y especialmente con un compromiso incondicional para abrir la Iglesia a los jóvenes y los jóvenes a la Iglesia.

- *Una pedagogía para educar a los jóvenes a ser Iglesia*

Llegados aquí nos preguntamos: ¿Qué pedagogía, qué estrategia para hacer que los jóvenes se enamoren de la Iglesia? ¿Cómo educar a los jóvenes a ser Iglesia?

Juntamente con el testimonio, que es el lenguaje más elocuente, es urgente promover entre los jóvenes un camino de fe que les lleve a encontrarse personalmente con Cristo, a vivir la vida sacramental, a insertarse cada vez más conscientemente en la Iglesia, a conocerla y amarla, a comprometerse en ella y vivir para ella. Una de las áreas del camino de fe de los jóvenes se refiere justamentemente al crecimiento en favor de

una intensa pertenencia eclesial; también la espiritualidad juvenil salesiana propone una experiencia de comunión eclesial. Este es un compromiso fundamental de la comunidad cristiana y en concreto de nuestras comunidades educativas; la atención al camino de fe de los jóvenes expresa la maternidad de la Iglesia, que, como dice Francisco, “engendra, amamanta, hace crecer, corrige, alimenta, conduce de la mano”.

Todo esto requiere algunas opciones específicas:

- ✓ **En primer lugar hacer conocer a la Iglesia.** Es preciso ayudar a los jóvenes a superar una imagen parcial de la Iglesia, a menudo vista solamente en sus aspectos institucionales, como si fuera una organización social y política semejante a las demás, o identificada con la jerarquía; o al contrario, reducida a una realidad puramente espiritual, individual e ideal.
- ✓ **Hacer crecer el sentido de Iglesia.** Se trata de desarrollar en los jóvenes el sentido de pertenencia a ella. Nosotros pertenecemos a la Iglesia y ella nos pertenece a nosotros. Hemos sido convocados por Jesús a formar su familia y a continuar unidos su misión en la historia. No puede existir una conciencia clara de la propia identidad cristiana sin el sentido vivo de pertenencia a la comunidad cristiana.
- ✓ **Hacer que se haga experiencia de Iglesia.** El sentido de Iglesia y de pertenencia no se crea de forma abstracta, sino a través de la experiencia de la vida cristiana en las diversas situaciones de la persona, comenzando por la familia, llamada con razón por Pablo VI la Iglesia doméstica, y continuando por la parroquia, donde se realiza normalmente la experiencia de comunión de fe, de esperanza y de caridad. En nuestro caso, hacemos experiencia de Iglesia con los jóvenes en los diversos tipos de Comunidades Educativas Pastorales, que deben ser signo de fe, escuela de fe, de comunión y participación, “hasta poder ser una experiencia de Iglesia” (Const. 47).
- ✓ **Hacer que se encuentre la vocación en la Iglesia.** El camino de educación a la fe debe ayudar a pasar de las buenas disposiciones de ánimo a las convicciones sólidas, de estas a las motivaciones que arrastran, seguidamente a los proyectos de vida, y finalmente a la entrega total a Dios y a los demás. He aquí qué significa amar a la Iglesia y entregarse por ella. El amor a la Iglesia se manifiesta también en esta capacidad de dejarse asir por Cristo hasta el punto de renunciar a los propios intereses y proyectos y ponerse completamente a su disposición para continuar con la propia persona su obra de construcción del Reino.

Conclusión

Con el deseo de responder con alegría, valentía y profesionalidad salesianas al próximo sínodo sobre “*Los Jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional*”, deseo expresar mi bienvenida a la propuesta pastoral de este año para que ayude a todos a

amar, seguir e imitar a Jesús con ardor, a la convicción y la fidelidad de las grandes columnas de la Iglesia, san Pedro y san Pablo.

Así podremos confesar públicamente nuestra fe y nuestro amor como estos dos apóstoles: “Señor, tú lo sabes todo. Tú sabes que te amo” (Jn 21, 17); “Señor, ¿a quién iremos? Solo tú tienes palabras de vida eterna” (Jn 6, 68); “Sé en quien he puesto mi confianza” (2 Tim 1, 12); “Vivo en la fe del Hijo de Dios que me amó hasta entregarse por mí” (Gál 2, 20). Y entonces nuestra fe se traducirá en caridad operativa y se convertirá en testimonio creíble y convincente.

Confío en que todos nosotros, especialmente los jóvenes, podamos llegar a la meta a la que llegó santa Teresa del Niño Jesús: «Sí, he encontrado mi sitio en la Iglesia, y este sitio me lo has dado tú, Dios mío. En el corazón de la Iglesia, madre mía, yo seré el amor, y de esta manera seré todo y mi deseo se traducirá en realidad».

Que María Auxiliadora, la Madre de la Iglesia, nos enseñe a ser y saber formar discípulos amados y pregoneros gozosos de su Hijo. Que ella nos ayude a reconocer a la Iglesia como Madre nuestra, que siempre nos engendra y nos regenerará en la fe.

Don Pascual Chávez, sdb